



Dentro del círculo, Lintli Calderón

Lintli  
CALDERÓN



# ninfa I

Norma Dennise Alcívar González  
*Lic. en Lengua y Literatura Hispánicas UNAM*

**E**stoy esperando que ocurra algo memorable. Esta palabra significa ‘que nada puede borrarlo de la memoria’, lo aprendí en la clase de hoy. Mis historias memorables las voy a escribir en este diario secreto. Sé que los textos prohibidos atraen la atención de los lectores, así que decidí tener un diario con candado, para guardar los secretos que quiero que todo el mundo conozca.

Casi soy una experta escribiendo diarios, pero todos los anteriores me aburririeron porque se parecían a la lista de tareas que hice durante el día. A partir de ahora voy a escribir grandes historias, porque ya tengo ocho años y cada vez más experiencia en la vida. Muchas cosas ocurren a esta edad.

Ser niña sería fácil si los adultos no estorbaran, ellos hablan por mí como si supieran todo. Preguntan poco, eso sí es de tontos, y fingen tener cada situación bajo control. No saben que nada se puede controlar. No lloran porque tienen todo bajo control. No ríen a carcajadas porque tienen todo bajo control. No protestan porque tienen todo bajo control. Qué pesadilla.

Definitivamente no quiero ser mayor, aunque no me inviten a sus conversaciones, prefiero ser una niña. Papá siempre dice: “Sobre esto no opines porque es cosa de adultos”. Las charlas serían más inteligentes si escucharan mi opinión. No sé quién decidió que la vejez está asociada con la sabiduría. Es obvio: las manzanas viejas saben asquerosas, y todos prefieren las uvas, no las pasas. El tiempo arruina lo que toca, hasta a las personas.

Ocho años son suficiente experiencia en este mundo, he aprovechado la vida con muchas preguntas, observaciones y experimentos. Mi tema favorito son las cochinillas, porque son insectos inteligentes. Hay muchas en el jardín, por eso les construí una ciudad, estoy intentando que la población crezca.

Creo que son animalitos libres porque ninguno se queda a vivir en mi ciudad más de un día. He intentado cambiar el orden de las rocas y hacer el ambiente más cómodo. Probé colocando más pasto, menos pasto, lodo y tierra seca. A veces construyo los muros con ramas, y pongo suficiente agua y comida. Nada funciona para que se queden, tal vez no les gusta.

Luego pensé que si huyen es porque odian estar solas, así que las reúno para que puedan vivir juntas y a salvo, pero no, simplemente no puedo lograr que mi comunidad de cochinillas crezca. Las que sienten mucho miedo se enroscan y mueren en esa posición.

Mi abuela compró un artefacto para atrapar moscas y las tiene allí: todos sus cuerpos muertos pegados a una cinta de gel. Sería una solución, pero yo jamás haría algo así, prefiero su libertad y su vida. He enterrado muchísimos cadáveres de cochinilla. Otros se los comieron las hormigas. Ahora entiendo perfectamente lo que significa la muerte.

Mamá me quiso explicar con una comparación muy tonta, que morir es ir al cielo. La mujer comprenderá pronto que la capa más superficial de la tierra es la atmósfera y ahí no puede vivir nadie porque no durarían más de un día. La muerte es una ausencia que está hecha de huecos. Así se siente cuando las cochinillas mueren: como huecos en el estómago. Es como si me faltara algo, pero no sé qué es. La misma sensación que tengo los domingos: el día de reunirnos en familia.

No me siento feliz en esas reuniones, odio ver a mis primos y tener que jugar con ellos, siempre a las escondidas. Mi primo mayor cuenta hasta diez para escondernos. Yo encuentro un lugar pequeño entre el armario de la abuela y su cama. Ahí me enroscó como cochinilla esperando que no me encuentre.

Lo escucho abrir la puerta. Sé que viene hacia mí. Sus pasos se acercan. En ese momento siento un gran hueco en la panza.

Mi primo llega a mis espaldas y me encuentra enroscada. Siento su mano salada en mis labios, alcanzo a ver la mugre en sus uñas. Cuando volteo para decirle que no me gusta este juego, él hace

un gesto para callarme. Veo que está furioso. Luego mi otro primo nos encuentra y los dos caen sobre mí.

Ellos son peligrosos. Me da miedo hacerlos enfadar, por eso sigo jugando, pero no lo disfruto. Me lastiman, pensar en mis primos me lastima. Sé que no debo permitir que las personas me lastimen, pero ellos son mi familia y me enseñaron que la familia no lastima, entonces no tengo que preocuparme. Aun así, me asfixia recordar lo que siento. Casi es lo único malo de ser niña. Pero conozco el secreto de las cochinillas para evitar el dolor: sólo tengo que enroscarme.

Me pregunto cómo sería vivir como cochinilla, tienen muy poquitas fases: huevo, ninfa I, ninfa II y adulta. Las etapas de su vida se parecen a las de los humanos: tal vez un minuto de vida cochinilla es lo mismo que un año humano. Yo estoy en la etapa de ninfa I, pero luego entendí que las cochinillas no tienen estos pensamientos. Se dedican a huir de mi ciudad cochinilla, no piensan en el paso del tiempo; yo sí, aunque no tenga sentido.

Cuando en la clase de español nos enseñaron las conjugaciones de tiempos verbales, supe que nos sobran todos: el presente es el único útil. Se lo dije a mi papá y se burló de mí, dijo: “Crece y lo entenderás”. Me pregunto si cuando sea mayor va a creer en mi opinión.

Ser una niña con imaginación no significa que sea mentirosa. La maestra dice que los humanos somos los animales más inteligentes; tal vez yo he tratado con puro bruto, por eso prefiero las cochinillas.

Ser niña es lo mejor que pudo pasarme, el mundo de los adultos me decepciona, pero todavía puedo decirlo sin sentir pena. Prefiero los mundos de los cuentos.

A veces me invento historias para dormir porque mi mamá no me lee suficientes cuentos; creo que le aburren las historias. Se duerme ella y yo no.

A los niños no se les debería dormir contando cuentos, porque son magia para despertar. Este diario estará esperando la gran historia que voy a contar cuando me ocurra algo memorable, lo juro, algo pasará.